

LIBRO IV

CAPITULO I

Ahora hablaremos de la largueza. Parece sea el intermedio en lo referente a la riqueza; porque el liberal es elogiado, no en lo atañente a las hazañas militares, ni en lo relativo a lo que merece alabanza el templado, ni con relación a sus juiciosas decisiones, sino respecto del dar y recibir riqueza, y especialmente en cuanto a las dádivas. Por *riqueza* entiendo todo aquello cuyo valor se mide por el dinero. Además, la prodigalidad y la mezquindad son excesos y defectos con respecto de la riqueza; atribuyendo siempre la mezquindad a los que se preocupan de la riqueza más de lo debido, pero algunas veces aplicamos el vocablo prodigalidad en sentido complejo; puesto que denominamos pródigos a los incontinentes que gastan dinero desenfrenadamente. De aquí también que se les considere como los más pobres en carácter, porque padecen más de un vicio. De aquí que el término que se les aplica no se les atribuya en su recto sentido, porque *pródigo* significa hombre que posee una sola cualidad de maldad, la de desperdiciar su sustancia; puesto que el pródigo es aquel que se arruina por su propio error, y la pérdida de sustancia se considera como una especie de ruina debida a sí mismo, puesto que se cree que la vida depende de la conservación de la sustancia.

Ese es el sentido en que tomamos la palabra *prodigalidad*. Las cosas útiles pueden emplearse bien o mal; la riqueza es cosa útil, y el hombre que mejor empleo haga de todo será el que posea la virtud relacionada con aquello de que se trate; por eso las riquezas las empleará mejor aquel que posea la virtud con ellas relacionada, siendo éste el liberal. Ahora bien, el gastar y el dar parece ser el empleo dado a la riqueza, siendo el recibir y retener posesión de ella. De aquí que el signo del liberal sea más bien el dar a quien debe dar que obtener de fuentes lícitas y no obtenerlo de las ilícitas. Porque es más característico de la virtud hacer bien que recibirlo, y más característico hacer lo digno que lo que no lo sea; no siendo difícil observar que el dar lleva consigo hacer bien y lo que es digno, mientras recibir encierra en sí se nos haga bien o no obrar con vileza.

La gratitud se siente por el que concede, no por el que no acepta, así como también es aquel al que más se alaba. También es más fácil no aceptar que dar, porque los hombres se muestran más inclinados a tomar lo del prójimo que a entregar lo propio. También los amigos de dar reciben el nombre de liberales, pero los que no aceptan no son elogiados por su liberalidad, sino antes por su justicia; mientras los que reciben rara vez son elogiados. Y los liberales son también los más estimados entre todos los hábitos virtuosos, puesto que son útiles, dependiendo esto de sus dádivas.

Ahora bien, los actos virtuosos son dignos y llevados a cabo por amor a la dignidad; por lo tanto, el liberal, como los demás virtuosos, dará por amor a la nobleza y justamente; porque dará a quien deba dar, lo justo y en tiempo oportuno, con todas las demás restricciones que acompañan a la dádiva, y con

gusto y sin sensación de dolor, porque lo virtuoso es placentero o está libre de dolor, siendo lo menos doloroso entre todo. Mas el que dé a quien no deba dar o no lo haga por amor a la dignidad, sino debido a otra cualquier causa, no será llamado liberal, sino que le aplicaremos otro nombre. Tampoco es liberal el que da con dolor, puesto que preferiría la riqueza a las obras nobles, no siendo esto característico del liberal. Tampoco tomará el liberal de fuentes ilícitas, porque tales aceptaciones no caracterizan al que no acumula riqueza. Tampoco pedirá sin ton ni son, por no ser característico del que confiere beneficios aceptarlos a la ligera. Lo que hará será aceptar de fuente lícita, v. g., de sus propias posesiones, no como algo digno, sino como necesidad, con objeto de tener algo que dar. Tampoco descuidará su propiedad, puesto que desea ayudar al prójimo por su mediación. También evitará dar a cualquiera y a todos, con el fin de tener algo que dar a quien es debido, oportunamente y cuando sea noble llevarlo a cabo. Es altamente característico del hombre liberal también incurrir en exceso al dar, de modo que le quede poco para él, porque su naturaleza es despreocuparse de sí mismo. El vocablo *largueza* se usa relativamente a la sustancia humana; porque la liberalidad no reside en la multitud de las dádivas, sino en el hábito del que da, siendo éste relativo a la sustancia del donante. Nada hay, por lo tanto, que evite que el que da menos sea más liberal que el que dé más, si es que dispone de menos para dar. Se considera más liberales a los que heredaron su riqueza que a los que la hicieron; porque en primer lugar no experimentaron estrecheces, y, además, todos estiman mucho más su propia producción, como ocurre con los padres y los poetas. No es fácil que el liberal sea rico, puesto que no tiene

aptitud para tomar o acumular, sino para dar, no evaluando la riqueza por lo que en sí vale, sino como medio de dar. De aquí viene el cargo que se hace a la fortuna: que los que más la merecen son los que menos la alcanzan. Mas no deja de ser razonable que así ocurra, porque, como en todo, no se tendrá riqueza de no tomarse el trabajo de tenerla. No obstante, no dará a quien no debe dar ni inoportunamente, y así sucesivamente; porque de hacerlo así no obraría ya de conformidad con la largueza, y de gastar en eso nada tendría para destinar a lo que es de justicia. Porque, como hemos dicho, el liberal es el que gasta de conformidad con su sustancia y en cosas justas; mientras que el que se excede es pródigo. De aquí que no se llame pródigos a los déspotas; porque no se cree fácil que den y gasten rebasando lo que poseen. Por lo tanto, la largueza, al ser intermedio relativamente al dar y aceptar riqueza, el liberal dará y gastará las sumas debidas y en cosas justas, tanto en cuanto a lo minúsculo como en lo grande, y con placer; también aceptará las sumas debidas y de origen lícito. Porque, como la virtud es intermedio entre esas dos cosas, las llevará a cabo del modo debido, puesto que esta clase de aceptación acompaña a la adecuada dádiva, y lo que no pertenezca a esta clase es contrario a ella, y por lo tanto el dar y percibir que se acompañan uno al otro existen en la misma persona, mientras los géneros contrarios no. Pero si ocurre que se gasta de manera contraria a como es de justicia y digno, sentirá pena, pero con moderación y en la intensidad debida, puesto que es signo de virtud complacerse y apenarse por justo motivo de la manera adecuada. Además, el liberal trata con soltura los asuntos en que interviene el dinero, puesto que se conforma mejor, pues no acumula riqueza, lamentándose más de no

haber gastado en algo de lo que debía que de haber gastado algo en lo que no debía, no estando en esto de acuerdo con lo que dijo Simónides.

También el pródigo yerra en este aspecto, porque ni se regocija ni apena cuando debe, ni de la manera correspondiente; todo esto lo evidenciaremos a medida que avancemos en nuestro estudio. Hemos dicho que la prodigalidad y la mezquindad, son excesos y defectos, y en dos cosas: en dar y en percibir; porque incluimos el gastar en el dar. Ahora bien, la prodigalidad se excede en la donación, más no en el percibir, quedando corta en el último caso, mientras la mezquindad queda corta al dar, excediéndose en el percibir, excepto en lo insignificante.

Las características de la prodigalidad no se combinan con frecuencia; por no ser fácil dar a todos si no aceptamos de nadie; los particulares agotan prontamente su sustancia con las dádivas, siendo a éstos a los que se aplica el nombre de pródigos, aunque un hombre de cierta especie no parecería ser mejor que el mezquino en no poca intensidad. Porque se cura fácilmente, tanto a medida que entra en años como por la pobreza, y por ello puede tender al estado intermedio. Porque goza de las características del liberal puesto que da y evita aceptar, aunque no efectúa ambas cosas ni como es debido ni bien. Por eso, si fuere llevado a obrar así debido al hábito o de algún otro modo, sería liberal; porque en ese caso daría a quien debía dar, no percibiendo de fuentes ilícitas. Por eso se considera no tiene mal hábito; no es signo del malvado o del innoble entregarse al exceso en dar y no tomar, sino del necio. La parsona pródiga en este sentido se considera mucho mejor que el mezquino, tanto por los motivos indicados como por beneficiar a

muchos mientras el otro no beneficia a nadie, ni aún a sí mismo.

Pero, como hemos dicho, la mayor parte de los pródigos toma también de fuentes ilícitas, siendo mezquinos en este aspecto. Contraen la aptitud de percibir a causa de su deseo de gastar, y al no poderlo efectuar con facilidad; porque lo que poseen pronto se agota. Por eso se ven forzados a proveerse de medios en otra fuente. Al mismo tiempo, como no se preocupan en absoluto de la dignidad, aceptan sin freno y venga de donde venga; porque sienten el apetito de dar, no importándoles cómo ni de dónde proceda. De aquí que tampoco sus dádivas sean liberales, porque no son nobles, ni tiende a la nobleza, ni llevadas a cabo como es debido; algunas veces hacen ricos a los que debieren ser pobres, no dando nada a personas de respetable hábito, y mucho a los aduladores o a los que les proporcionan algún otro placer. De aquí que en su mayoría sean desenfrenados; porque gastan con facilidad y desperdician su dinero en dilapidaciones, inclinándose hacia los placeres porque no viven teniendo como mira la dignidad.

El pródigo se convierte en lo que hemos indicado, si se le abandona, pero si se le cuida alcanzará el hábito intermedio y justo. Pero la mezquindad es incurable (porque la vejez y toda debilidad se consideran factores que hacen mezquinos a los hombres) y más innata en el hombre que la prodigalidad; porque la mayor parte de los hombres siente más afición a obtener dinero que a desprenderse de él. También se extiende con mayor amplitud, siendo multiforme, puesto que parece haya muchas clases de mezquindad.

Porque consiste en dos cosas: el defecto en dar, y el exceso en percibir, no hallándose completa en todas las personas, sino que, algunas veces está dividi-

da; hay hombres que llegan al exceso en percibir, otros quedan cortos en cuanto a dar. Los denominados mediante vocablos tales como *tacaño*, *agarrado*, *misérable*, todos quedan cortos en la dádiva, más no codician lo que a otros pertenece, ni desean hacerse con ello. En algunos se debe esto a una especie de honradez y evitación de lo ignominioso (porque parece que algunos, o al menos así lo dicen, atesoran su dinero por este motivo, es decir, para que no llegue día en que se vean forzados a llevar a cabo algo afrentoso; a esta clase pertenecen *el que parte un camino en dos*, y todos los demás de esta especie; se le llama así por su exceso en cuanto a su empeño en no dar nada); mientras otros no ponen mano en la propiedad del prójimo debido al temor, considerando no es fácil, si uno se apodera de lo que no es suyo, evitar que los demás se apoderen de lo suyo; por eso se contentan con lo que tienen, complaciéndose en no dar ni en recibir.

Otros exceden en lo concerniente al aceptar, aceptando todo cuanto sea y venga de donde venga, v. g., los dedicados a oficios usurarios, echacuervos y gente de esa calaña, y aquellos que prestan pequeñas sumas a cambio de pingües intereses. Porque todos esos perciben más de lo debido y de fuente ilícita. Lo común a todos ellos es evidentemente su avariento amor al lucro; todos se exponen a que se les aplique vergonzoso nombre motivado por su apego al dinero, ganando poco con ello. Porque los que se lucran en demasía de manera ilícita, y no con el beneficio adecuado, v. g., los déspotas cuando saquean las ciudades y asaltan los templos, no se llaman avaros, sino perversos, impíos e injustos. Mas el tahur, el salteador de caminos y el ladrón, pertenecen a la clase del mezquino, puesto que tienen apego avariento al lucro. Porque a causa de lucrarse practican todos ellos su oficio, y se

exponen a la afrenta; uno de ellos afronta los mayores peligros por su amor al botín, mientras el otro se luctra con los amigos, a quienes debiera dar. Por lo tanto, ambos aman el lucro por avaricia, puesto que voluntariamente se benefician de manera ilícita; por eso todas esas formas de adquirir, son mezquinas.

Es natural se defina la mezquindad como contraria a la largueza, porque no sólo es mayor mal que la prodigalidad, sino que los hombres sufren extravío más frecuente en cuanto a ella en lo concerniente a la prodigalidad, como hemos indicado antes.

Ya hemos dicho lo suficiente sobre la largueza y los vicios opuestos.

CAPITULO II

Parece acertado estudiemos ahora la esplendidez, o la magnificencia. También parece que ésta sea virtud relacionada con la riqueza, aunque no se extiende, como la largueza, a todos los actos atañentes a la riqueza, sino sólo a los que llevan consigo gasto; y en éstos supera en escala a la largueza. Porque, como sugiere su nombre, estriba en la suntuosidad en las cosas y el magno decoro. Pero su escala es relativa, pues no es lo mismo equipar un trirreme que organizar una embajada. Por lo tanto, la esplendidez estriba en lo apropiado relativamente al agente, y a las circunstancias y al objeto. No llamamos espléndido al hombre que gasta en cosas insignificantes o de mediana importancia lo que el caso requiere (v. g., al que afirma: *«he hecho muchos regalos al vagabundo»*), sino sólo al que así procede en lo referente a las cosas de importancia. Porque el espléndido es liberal, mientras el liberal no es necesariamente espléndido. El defecto correspondiente a este hábito se llama *cicatería* y el exceso *vul-*

garidad, carencia de gusto y cosas por el estilo; no llega al exceso en la cantidad gastada en cosas que lo requieren, sino que, estriba en la ostentación en circunstancias inoportunas y de manera equivocada; ya hablaremos sobre estos vicios más adelante.

El espléndido se parece al artista; porque puede discernir lo que cuadra a cada cosa gastando grandes cantidades de acuerdo con el gusto. Porque, como dijimos al comenzar, el hábito está determinado por sus actividades y sus fines. Ahora bien, los desembolsos del espléndido, son cuantiosos y apropiados a las cosas a que se dedican. Así son también sus resultados; porque de este modo la gran cantidad desembolsada armoniza con el resultado. Por eso el resultado debe ser digno de gasto, y éste de aquél a aún excederlo. El hombre espléndido desembolsará cantidades con fines honrosos, cosa que está de conformidad con las virtudes. Además, lo efectuará regocijadamente y con profusión, porque el cálculo en estas cosas equivale a cicatería. También considerará la manera cómo el resultado pueda ser más bello y agradable antes que la suma mediante la cual puede obtenerse y el modo cómo pudiere procurarlo con la mayor economía. Por eso es necesario que el espléndido sea liberal también, puesto que este último gastará lo debido y como es debido, y precisamente en esto es en lo que se manifiesta la esplendidez o grandeza que su nombre indica (como si dijésemos su magnificencia), puesto que la liberalidad está relacionada con estas cosas; y en igualdad de gasto producirá una obra de arte más grandiosa. Porque una propiedad y una obra de arte no tienen la misma excelencia. La propiedad de mayor valor es aquella que más vale, v. g., el oro, pero la obra de arte más valiosa es la más grande y la más bella (porque la contemplación de tal obra artística inspira

admiración, lo mismo que la esplendidez); y una obra tiene una excelencia (es decir, magnificencia) que lleva en sí magnitud. La esplendidez es uno de los atributos del desembolso de la especie que llamamos dignos, v. g., los relacionados con la deidad, como el ofrecimiento de votos, templos y sacrificios, y de la misma manera con cualquier forma de adoración religiosa, y todos los objetos propios de anhelo del espíritu público, como cuando el pueblo cree debe organizar un coro o equipar un trirreme, o celebrar fiestas ciudadanas para públicas diversiones de manera brillante. Mas en todos los casos, como se ha dicho, tenemos en cuenta al agente también preguntando quién es y con qué medios cuenta; porque el desembolso debe ser digno de sus posibles, y armonizar no sólo con el resultado, sino también con el que lo produce. De aquí que el corto de medios no pueda ser espléndido, puesto que no dispone de ellos, no pudiendo gastar grandes sumas en lo debido; y el que lo intentare será un necio, puesto que gasta más de lo que pudiere esperarse de él y de lo apropiado, mientras lo virtuoso estriba en gastar lo apropiado a las circunstancias. Pero el gran gasto está de conformidad con los que poseen suficientes medios para ello, adquiridos por sus propios esfuerzos o heredados de sus antepasados o parentela, y personajes linajudos o de gran reputación, y gente por este estilo; porque todo eso les aporta grandeza y prestigio. Ante todo, pues, el espléndido pertenece a esta clase de persona, como hemos indicado; porque esos son los de mayor grandeza y más honorables. Entre las ocasiones particulares de desembolso, las más oportunas son las que se presentan sólo una vez, v. g., una boda o cualquier ceremonia de esta índole, u otra cosa que interese a toda una ciudad o a la gente de posición, así como la recepción

organizada con motivo de la visita de algún huésped extranjero y la despedida del mismo, los regalos hechos y recibidos a cambio; porque el espléndido no gasta sólo para sí, sino también en obras públicas, por lo que los regalos tienen algún parecido con los ofrecimientos votivos. El hombre espléndido edifica su casa en armonía con su riqueza (porque también la casa es una especie de ornato público), gastando preferentemente con referencia a los trabajos de mayor duración (porque éstos son los más bellos), y en toda suerte de cosas desembolsará lo adecuado; porque una cosa no conviene por igual a los dioses y a los hombres, ni a un templo y a un mausoleo. Y, puesto que cada gasto puede ser grande en su género, y lo más magnífico en absoluto es el gasto de importancia aplicado a un gran objeto, pero lo que es magnífico en este caso es lo que se considera grandioso en tales circunstancias, y la grandeza en el trabajo difiere de la grandeza en el gasto (porque la pelota o el vaso más hermoso es magnífico como regalo hecho a un niño, siendo su precio insignificante y poco), lo característico del hombre espléndido, fuere cual fuere el resultado que produzca, es producirlo con magnificencia (porque dicho resultado no es fácil de superar) y que sea digno del desembolso incurrido.

Así es el hombre espléndido; el que llega al exceso y la vulgaridad se excede, como hemos dicho, por gastar más de lo debido. Porque en las cosas pequeñas gasta mucho y manifiesta ostentación carente de gusto, v. g., si da una comida íntima como si se tratase de un banquete de bodas, o si cuando presenta un coro en el escenario lo reviste de púrpura, como hacen en Megara. Y todo eso no lo efectuará por amor a la dignidad, sino con el fin de ostentar sus riquezas, y por creer es admirador de tales cosas, y cuan-

do debiere gastar mūcho desembolsa poco y cuando poco mucho. El cicatero, por otra parte, se queda corto en todo, y tras haber gastado las mayores sumas estropea la belleza del resultado por una nimiedad, y haga cuanto haga dudará y considerará cómo se arreglará para gastar menos, lamentándose aún, y pensando que todo cuanto hace lo lleva a cabo en mayor escala que lo debido.

Estos hábitos son vicios; no obstante, no producen oprobio porque ni perjudican al prójimo ni son indecorosos.

CAPITULO III

Si atendemos a su nombre parece que la magnanimidad se relacione con lo grande; la primera pregunta que debemos responder es la que dice: ¿con qué clase de cosas grandes? No establece diferencia consideremos el estado de ánimo o el hombre caracterizado por él. Se considera magnánimo el individuo que se estima digno de grandes cosas, si es realmente digno de ellas; porque el que se estima superior a sus méritos es un necio o un insensato. El magnánimo es pues el hombre que hemos indicado. Porque el que poco merece y se cree digno de poco es el templado, pero no el magnánimo, porque la magnanimidad supone grandeza, de la misma manera que la belleza supone el cuerpo de elevada estatura, bien proporcionado; por eso las personas bajitas pueden estar bien formadas y tener el cuerpo proporcionado, pero no serán bellas. Por otra parte, el que se cree digno de grandes cosas, no siéndolo, será vanidoso, aunque no todos los que se consideran dignos de más de lo que son sean vanidosos. El que se cree digno de menos de lo que es, indebidamente modesto, ya fueren sus méritos gran-

des o mediocres, o sean pequeños y sus pretensiones menores todavía. Y el hombre cuyos méritos son grandes parecería indebidamente humilde en demasía, porque, ¿qué hubiera hecho de haber sido inferiores? Por lo tanto, el magnánimo es un extremo respecto de la grandeza de sus pretensiones, pero intermedio respecto de la justeza; porque pretende lo que es conforme a sus méritos, mientras los otros llegan al exceso o incurren en defecto.

Si, por lo tanto, merece y pretende grandes cosas, y sobre todo las más grandes, estará relacionado con una cosa en particular. El merecimiento está relacionado con los bienes externos, y el mayor entre ellos pudiéremos decir es el que rendimos a los dioses, al que más tienden las personas de posición, que es la recompensa señalada para las más nobles hazañas; y esto es el honor, que ciertamente es el mayor entre todos los bienes externos. Los honores y las afrentas, por lo tanto, son los fines respecto de los cuales el magnánimo es tal cual debe ser. Y aún, aparte del argumento, el honor es aquello con que parece se relacionan las personas magnánimas, por ser el honor lo que principalmente pretenden, pero de conformidad con sus merecimientos. El hombre indebidamente humilde o modesto es defectivo, tanto al compararlo con sus propios méritos, como comparado con las pretensiones del magnánimo. El vanidoso peca por exceso comparado con sus propios méritos, pero no excede a las pretensiones del magnánimo.

Ahora bien, el magnánimo, puesto que merece lo más, debe ser bueno en el más alto grado, porque el mejor hombre siempre merece más, y el mejor entre todos lo más. Por eso el verdaderamente magnánimo, debe ser bueno. Y la grandeza en todas las virtudes parecería ser lo que caracteriza al magnánimo. Y lo

más impropio del magnánimo sería huir ante el peligro, balanceando los brazos, o dañar al prójimo; porque, ¿con qué fin cometería actos afrentosos, aquél para quien nada es grande? Si le consideramos detenidamente, nos cercioraremos de que es absurdo por completo que el magnánimo no sea hombre de bien. Tampoco sería digno de honor de ser malvado, porque el honor es la recompensa de la virtud y a los buenos es a quienes se otorga. Por eso la magnanimidad parece sea una especie de corona de virtudes; porque las hace más grande, no hallándose sin ellas. Por lo tanto, es difícil ser verdaderamente magnánimo, porque sin nobleza y bondad de carácter es imposible serlo. De lo dicho se deduce que el magnánimo está relacionado principalmente con los honores y las ignominias, y se mostrará moderadamente complacido ante los grandes honores que confieren los hombres de bien, creyendo los obtiene por derecho propio o que aún se le tributan pocos; porque no puede haber honor, por grande que fuere, que no merezca la virtud perfecta; no obstante, lo aceptará de todos modos, puesto que nada más grande puede concedérsele; pero el honor recibido de gente vulgar y debido a nimiedades será despreciado por él, puesto que no es lo que merece, lo mismo que la ignominia, puesto que no puede ser justa si se le atribuye. Por lo tanto, en primer lugar, como se ha dicho, el magnánimo está relacionado con los honores; no obstante, se conducirá moderadamente respecto de la riqueza y el poder y toda ventura o desventura, sea la que fuere, no regocijándose exageradamente por la ventura ni apenándose en demasía debido a las adversidades. Porque ni aun tratándose del honor se comporta como si fuere una cosa principalísima. El poder y la riqueza son apetecibles a causa del honor (al menos aquellos que los

poseen apetecen alcanzar honores por su mediación); y para aquel que considera el honor como cosa pequeña debe considerar los otros de la misma manera. De aquí que los magnánimos son tenidos por desdeñosos.

También se considera que los bienes de fortuna contribuyen a la magnanimidad. Porque los hombres bien nacidos se consideran dignos de honor, lo mismo que los que disfrutan del poder o la riqueza; porque están en situación superior, y todo cuanto tiene superioridad en algo bueno se tiene en mayor honor. De aquí que tales cosas provoquen la magnanimidad en los hombres, porque son honrados por algunos a causa de poseerlas; pero en verdad solamente el hombre de bien es el merecedor de ser honrado; no obstante, el que posea ambas ventajas se considera más digno de ser honrado. Pero aquellos que sin virtud poseen tales bienes ni justifican sus grandes pretensiones, ni tienen razón para reclamar el nombre de magnánimos; porque esas cosas llevan consigo la virtud perfecta. Los poseedores de esos bienes llegan hasta el desdén y la insolencia. Porque sin virtud no es fácil ostentar graciosamente los bienes de la fortuna; y, siendo incapaces de sobrellevarlos, creyéndose superiores a los demás, desprecian al prójimo obrando a su placer. Lo que hacen en imitar al magnánimo sin parecerle, cosa que hacen siempre que se les presenta ocasión; por eso no obran virtuosamente, sino que desprecian a los otros. Porque el magnánimo desprecia con justicia (puesto que piensa con rectitud), pero muchos lo llevan a cabo a la ventura.

No se lanza a peligros fútiles, ni ama el peligro, porque precia pocas cosas; mas afrontará los grandes, y, cuando se halle en peligro, no procurará salvar la vida ante todo, porque sabe que hay ocasiones en que

la vida no es lo más digno. Es hombre que confiere beneficios, afrentándose al recibirlos; porque lo primero es signo de superioridad, lo último de inferioridad. Tiene aptitud para conferir grandes beneficios para corresponder; porque de este modo el bienhechor original, además de quedar pagado, quedará en deuda con él, saliendo ganancioso en el cambio. También parece recuerde cuantos beneficios concediere, mas no los recibidos (porque el que recibe un favor es inferior al que lo otorga, y el magnánimo desea ser superior), mostrando placer al recordarle lo primero y disgusto si se le menta lo último; parece que esto fué lo que hizo que Thetys no mencionase a Zeus los favores que le había otorgado, y debido a lo cual los Lacedemonios no recordaron sus servicios a los Atenien-ses, sino los que habían recibido de ellos. Es signo del magnánimo también no pedir nada o pedir con parquedad, sino socorrer de muy buena voluntad, y ser dignificado por las personas que gozan de elevada posición y buena fortuna, mostrándose modestos ante la clase media; porque es difícil y altivo ser superior a los primeros, más fácil serlo en comparación con los últimos, y la altivez ante aquéllos no es signo de buena crianza, y ante los humildes es tan vulgar como la ostentación de la fuerza ante los débiles. Además, la característica del magnánimo estriba en no procurarse lo que vulgarmente se estima como honor, o lo que otros poseen con excelencia; mostrarse tardío o retirarse excepto en aquello en que se disputa un gran honor o un gran trabajo, y ser hombre de pocas hazañas, pero de grandes y notables. También tiene que ser franco en su odio y en su amor (porque el ocultar los sentimientos propios, es decir, preocuparse menos de la verdad que de lo que pueda decir la gente, es cosa de cobardes), y debe hablar y obrar abierta-

mente; porque tiene libertad de expresión por estimar las cosas en poco, y es dado a decir verdad, excepto cuando hable con ironía al vulgo. Debe ser incapaz de hacer que su vida gire alrededor del prójimo, a no ser que se trate de un amigo, porque esto es digno del esclavo, y debido a este motivo todos los adula-dores son serviles y los que carecen del respeto debido a sí mismos son adulones. Tampoco se abandona a la admiración; porque nada es grande para él, no teniendo presentes los agravios, porque no sienta bien al magnánimo el recuerdo de lo remoto, especialmente si se trata de lo molesto, sino que los olvidará. Tampoco es parlanchín, porque ni hablaría sobre sí mismo ni del prójimo, puesto que no se preocupa de que se le alabe ni de que se censure a los demás, no sintiendo tampoco tendencia a la alabanza; debido a la misma razón no hablará mal de nadie, ni aun de sus enemigos, de no ser por arrogancia. Entre todos los hombres es el que menos se entrega a lamentaciones con referencia a cosas necesarias o pequeñeces, ni muestra inclinación a pedir favores; porque al que toma esos asuntos seriamente corresponde comportarse así respecto de ellos. Es de los que gustan de poseer objetos bellos e infructuosos antes que cosas provechosas y útiles; porque esto es lo que mejor sienta al carácter que se basta a sí mismo.

Además, se considera propio del magnánimo ande con paso cauto, hable con voz grave, y se exprese en un mismo tono siempre; porque el hombre que pocas cosas desea no es fácil sienta prisas, ni se excita prontamente el que cree que nada es grande, mientras la voz chillona y la marcha rápida son resultado de la prisa y la excitación.

Tal es el magnánimo; el insuficiente comparado con él se llamará indebidamente modesto, y el que

le supere se llamará soberbio. Pero estos últimos no se consideran malvados (porque no son maliciosos), sino que se dice están equivocados. Porque el indebidamente modesto, siendo digno de buenas cosas, se roba a sí mismo lo que merece, pareciendo tiene algo malo en sí a causa de no creerse digno de las cosas buenas, pareciendo también desconocerse; de no ser así, apetecería aquello de que es digno, puesto que eso sería bueno. No obstante, no se cree que esa gente sea insensata, sino reconcentrada en sí como no es debido. Esa reputación parece que empeora su posición, porque cada clase de persona appetite o tiende a lo que corresponde a sus méritos, y estos individuos retroceden aun ante las acciones nobles y las empresas, creyéndose indignos, lo mismo que de los bienes externos. Los soberbios, de otra parte, son insensatos e ignorantes de sí mismos, y manifiestamente; porque al no ser dignos de ellos, intentan empresas honrosas, y entonces se descubren; se adornan con trajes vistosos y ostentosos y cosas por el estilo, procurando que sus prosperidades sean conocidas públicamente, refiriéndose a ellos como si se les honrase por eso. Pero la modestia indebida es más opuesta a la magnanimidad que la soberbia, porque es más vulgar y peor.

Por lo tanto, la magnanimidad está relacionada con el honor en gran escala, como hemos explicado.

CAPITULO IV

Parece figura también en la esfera del honor una virtud que pudiera parecer relacionada con la magnanimidad del mismo modo que lo está la largueza con la magnificencia, como ya indicamos en nuestras primeras observaciones sobre la materia. Porque ninguna de ellas tiene nada que ver con lo grande, pero am-

bas nos disponen con rectitud en cuanto a los objetos de mediana importancia y los insignificantes; de la misma manera que en el donar y recibir riqueza hay intermedio, exceso y defecto, en cuanto al honor puede desearse más de lo justo, o menos, o de fuentes lícitas y de la manera adecuada. Censuramos a la persona ambiciosa que pretende mayor honor que el debido y de fuente ilícita, lo mismo que al carente de ambición que no quiere se le honre aun debido a nobles razones. Pero algunas veces alabamos al ambicioso por ser viril y amante de lo noble, y al no ambicioso por su moderación y reíreno, como expusimos en nuestro primer tratado sobre esta materia. Es evidente que como *ser aficionado a tal o cual objeto* tiene más de un significado no asignamos el término *ambición* o *amor al honor* («*philotimoy*») siempre a lo mismo, sino que cuando elogiamos la cualidad pensamos en el hombre que ama el honor más que la mayoría de las personas, y cuando le censuramos, pensamos en aquel que lo ama más de lo justo. Como el intermedio carece de nombre, parece que los extremos se disputen su lugar como si estuviere vacante por defecto. Pero donde hay exceso y defecto hay también intermedio; ahora bien, los hombres apetecen el honor unas veces más de lo debido y otras menos; por lo tanto, es posible también apetecerlo en la medida debida, y por eso éste será el hábito que elogiamos, siendo intermedio innominado respecto del honor. Con relación a la ambición, parece sea carencia de ella, y con relación a la carencia parecerá ambición, mientras que relativamente a ambas cosas parece que en un sentido sea las dos en junto. También parece sea esto cierto aplicado a las demás virtudes. Mas en cuanto a los extremos, parece sean contradictorios, puesto que el intermedio carece de nombre.

CAPITULO V

La mansedumbre es intermedio respecto de la ira; como medio carece de nombre, y los extremos casi carecen también; por eso situamos la mansedumbre en la posición media, aunque tiende hacia la deficiencia, que no lleva nombre. El exceso pudiera llamarse especie de *irascibilidad*; porque la pasión es la ira, mientras sus causas son muchas y diversas.

El irascible debido a cosas justas y con quien debe irritarse, y, además, como es debido, cuando debe y durante el tiempo debido, merece alabanza. Este será el hombre manso, puesto que alabamos la mansedumbre. Porque el hombre manso tiende a ser imperturbable no dejándose arrastrar por la pasión, sino a encolerizarse de la manera, por las cosas, y durante el tiempo que dicta la razón; porque se cree que más bien yerra en deficiencia, porque el hombre manso no es vengativo, sino que más bien tiende a las concesiones.

La deficiencia, ya se llame *flema* o como se le llamare, es censurada. Porque los que no se irritan por cosas que debieren mostrar ira se consideran tontos, lo mismo que aquellos que no se encolerizan como es debido, en tiempo oportuno, o en contra de las personas con quienes debieran sentir ira; porque se cree que tales individuos ni sienten las cosas, ni experimentan pena por su causa, y, desde el momento en que no se irritan, se considera improbable se defiendan; y sufrir los insultos y no hacer caso de los dirigidos a nuestros amigos es servil.

El exceso puede manifestarse en todos los puntos indicados (porque podemos irritarnos contra personas que no lo merecen, más de lo debido, con exagerada

rapidez, o demasiada lentitud); no obstante, todo eso no se halla en el mismo individuo. Cierto es que no podría ser así, porque el mal llega hasta destruirse, y de ser completo se hace insostenible. Los vehementes («*Orgiloi*») montan en cólera con rapidez y en contra de quien no lo merece, por cosas indebidas y más de lo justo, pero su ira cesa prontamente, siendo esto lo mejor que en ellos hallamos. Les ocurre esto porque no reprimen su enojo, sino que se desquitan rápidamente motivo de su vehemencia, y entonces cesa su ira. A causa de su exceso los *iracundos* se molestan súbitamente estando siempre dispuestos a irritarse por cualquier cosilla y en toda ocasión, de aquí su nombre («*Akrocholoí*»). Los *ariscos* son difíciles de apaciguar, durando su ira largo tiempo, porque reprimen su pasión. Pero ésta cesa una vez se vengaron, porque el desquite les alivia de la ira, produciendo en ellos placer en vez de pena. De no vengarse continúan arrastrando la carga de su cólera, porque como no son amables, nadie quiere razonar con ellos, y la disipación de la ira sin que salga al exterior requiere mucho tiempo. Estos individuos son inaguantables para ellos mismos, y para sus más queridos amigos. Llamamos de *mal talante* («*Chalepōys*») a los que se irritan por cualquier cosa, más de lo normal, y por más tiempo, y no pueden apaciguarse hasta que se han vengado o castigado.

Al mal talante oponemos el exceso antes que el defecto; porque no sólo es más corriente (puesto que la venganza es lo más humano), sino que los de mal talante, son la gente con que peor se vive.

Lo que dijimos cuando comenzamos a tratar de este asunto, queda aclarado también por lo que ahora expresamos, es decir, que no es fácil definir cómo, con quién, por qué y cuánto tiempo debe un individuo irri-

tarse, y cuál es el punto en que cesa lo justo en esto, comenzando lo injusto. Porque el que se desvía un poco del sendero, ya hacia el exceso, ya hacia el defecto, no es censurado, puesto que algunas veces alabamos a los que presentan insuficiencia, llamándoles mansos, y otras llamamos a los iracundos viriles, como capaces de dominar. No es fácil expresar por medio de palabras, hasta dónde y cómo debe desviarse el hombre, antes de que se sea digno de censura, porque la decisión depende de los hechos particulares y de la sensibilidad. Pero al menos podemos decir, por ser claro, que el hábito intermedio es de alabar (en virtud del cual nos irritamos con quien es debido por cosas justas, de la manera adecuado y demás), mientras los excesos y defectos son censurables, ligeramente si se exteriorizan con poca intensidad, más si en mayor intensidad, y muchísimo si en alto grado. Es pues evidente debemos acogernos al intermedio. Basta con lo dicho con relación a la ira.

CAITULO VI

Cuando los hombres se reúnen, en la vida social y en el intercambio de conversaciones y hechos, hay individuos considerados obsequiosos, es decir, los que para producir placer lo alaban todo, no se oponen nunca a nada, creyendo su deber *no producir contrariedades a quienes frecuentan*; mientras que aquellos que, por el contrario, se oponen a todo, no preocupándose de producir molestia, se llaman groseros y pendencieros. Claro es que los hábitos que hemos indicado son vituperables, y que el intermedio es laudable, es decir, aquel en cuya virtud se opondrá, resentirá todo lo que deba y de la manera debida; a este estado no se

le ha asignado nombre, aunque es muy semejante a la amistad. Porque el hombre situado en este hábito intermedio es lo que llamamos un buen amigo, si le añadimos el afecto. Mas este hábito difiere de la amistad en que no encierra pasión o afecto por el compañero; puesto que no se debe a cariño o a odio que hombre tal lo tome todo como debe tomarlo, sino a que es hombre de cierta condición. Porque se comportará del mismo modo con los que conoce que con los desconocidos, con los íntimos que con los que no lo son, excepto en que en cada uno de los casos su comportamiento dependerá de lo que le cuadre; porque no está bien poner el mismo cuidado en lo que afecta a los íntimos que en lo que afecta a los extraños, no siendo tampoco las mismas condiciones las que hacen justo producirles molestias. Ya hemos dicho en general que se asociará con personas como debe asociarse; pero tenderá a no producir molestia o contribuir al placer respecto de lo honorable y conveniente, porque parece que eso sea lo relacionado con los placeres y molestias de la vida social, y siempre que no sea honroso, o fuere perjudicial para él el contribuir al placer lo rechazará, prefiriendo la molestia; si su aquiescencia en cuanto a los actos de otro produjese molestia, y en alto grado, o molestia en el prójimo, mientras su oposición produce pequeña molestia, no mostrará su conformidad, sino que la rehusará. Su asociación será diferente en cuanto a la gente perteneciente a elevada posición, y el vulgo, las amistades íntimas y las distanciadas, y lo mismo en cuanto a las demás diferencias, comportándose con cada uno de la manera debida, y mientras por su parte opta por contribuir al agrado, evitando la molestia, se guiará por las consecuencias, si éstas fueren de mayor importancia, es decir, el honor y conveniencia. También pro-

ducirá pequeñas molestias a causa de grandes alegrías futuras.

El que consigue el punto medio es tal cual hemos expresado, mas carece de nombre; entre los que contribuyen a causar placer, el que tiende a ser agradable sin objeto o fin ulterior será obsequioso, mas el que así se porte con el fin de obtener alguna ventaja, ya se trata de dinero o de cosas que se consigan por su mediación, será el adulador, mientras que el que a nada se aviene será, como hemos indicado, grosero y pendenciero. Y los extremos parece sean contradictorios uno al otro, a causa de que el intermedio no lleva nombre.

CAPITULO VII

El intermedio opuesto a la jactancia se halla casi en la misma esfera; tampoco lleva nombre. No deja de ser útil la descripción de estos hábitos también, porque de este modo conoceremos los hechos en lo referente al hábito mejor si los estudiamos detalladamente, convenciéndonos al mismo tiempo de que las virtudes son intermedios si vemos que así ocurre en todos los casos. Ya hemos descrito a los que en el terreno de la vida social adoptan como fin al asociarse con los demás la producción del placer o la molestia; ahora vamos a tratar de los que persiguen la verdad o falsedad tanto en palabras como en hechos, así como de las pretensiones que tienen. Por lo tanto, al jactancioso se le considera apto para pretender cosas que constituyen gloria, cuando no las tiene, o reclamar más de aquellas que realmente posea, cuando el falsamente modesto, por otra parte, no hace valer las que verdaderamente posee o rebaja su importancia, mientras el que observa el justo medio es aquel que llama a la

cosa por su propio nombre, siendo veraz tanto en sus actos como en sus palabras, confesando lo que posee, ni más ni menos. Ahora bien, puede adoptarse cada uno de esos hábitos con o sin fin. Pero los hombres hablan, obran y viven de conformidad con su hábito, de no obrar a causa de algún fin ulterior. La falsedad es *en sí* vil y culpable, mientras la verdad es noble y digna de elogio. Así es que el veraz es otro caso de hombre que, figurando en el intermedio, es digno de alabanza, mientras ambas formas del hombre falso son culpables, particularmente la jactanciosa.

Vamos a estudiarlos, ante todo el veraz. No nos referimos al que cumple fielmente sus compromisos, es decir en aquello perteneciente a la justicia o la injusticia (porque esto es del dominio de otra virtud), sino al individuo que en los asuntos en que no haya de por medio nada de eso es veraz tanto en sus palabras como en la vida, porque su hábito es tal. Pero pudiere creerse que esta persona es equitativa de hecho. Porque el que ama la verdad, y es veraz cuando no hay de por medio ningún interés, será más veraz todavía cuando lo haya; evitará la falsedad considerándola bajeza, suponiendo la evitaría aunque mediara su propio interés, hombre tal es digno de elogio. Tiene más bien a afirmar menos de lo que es cierto; porque esto parece estar más de conformidad con el buen gusto, ya que las exageraciones son odiosas.

El que reclama más de lo que posee sin fin ulterior, es una especie de ente despreciable (pues de no ser así no se hubiere deleitado en la falsedad), pareciéndonos fútil antes que perverso; más si no lo efectuare con miras a un objeto, quien lo hiciere tendiendo a la reputación o al honor no será (si se trata de jactancioso) muy censurable, pero el que lo hiciere por dinero, o cosas que conducen a él, será de peor carácter (no sien-

do la capacidad lo que hace el fanfarrón, sino el propósito; porque es jactancioso en virtud de su hábito, y por ser hombre de cierto género), de la misma manera que hay embustero que lo es a causa de gozarse en el engaño, otros debido a que apetecen reputación o lucro. Ahora bien, los que se jactan con miras a la reputación, reclaman cualidades tales como la ganancia, alabanza o la congratulación, pero los que tienen por objeto el beneficio reclaman cualidades que tienen valor para el prójimo, cuya posesión no se descubre fácilmente, v. g., el poder del vidente, del sabio, o del médico. Por esto la mayoría reclama y se jacta de tales cosas; porque en ellas se hallan las cualidades mencionadas.

El disimulado, que desvaloriza las cosas, parece de carácter más atrayente, porque se cree habla no debido a beneficio, sino para evitar la ostentación; y en esto deja de reclamar cualidades que procuran reputación, como acostumbraba Sócrates. Los que no reclaman cualidades triviales y naturales, se llaman farfantes, siendo más de despreciar; y algunas veces eso parece ser fanfarronería, como las vestiduras de los Lacedemonios; porque tanto el exceso como la deficiencia son fanfarronadas. Pero los que rebajan sus méritos moderadamente haciéndolo sobre asuntos no forzándonos mucho para que nos demos cuenta de ello parecen aceptables. El fanfarrón parece ser el opuesto del hombre veraz; porque es el peor carácter.

CAPITULO VIII

Como la vida comprende, tanto el reposo como la actividad, incluyendo ésta el ocio y la diversión, parece que también en esto haya una especie de relación agradable; algo hay referente a decir (y escuchar) lo

que se debe decir y cómo se debe decir. También establece diferencia la clase de gente con quien se hable o a que se escuche. Claro que también en esto hay exceso y deficiencia comparado con el intermedio. Los que llevan su jocosidad hasta el exceso se consideran bufones vulgares, que persiguen la broma a toda costa, prefiriendo producir la carcajada a decir lo conveniente y evitar molestia al objeto de sus gracias; mientras los que ni pueden idear un chiste, ni les es posible juntarse con los que tienen capacidad para ello, se consideran patanes e ineducados. Pero los que bromean de manera fina se llaman ingeniosos (*«eutrapeloi»*), cosa que supone una especie de propensión a ir tan pronto a la derecha como a la izquierda (*«eutropoi»*), porque sus *salidas* se consideran movimientos del carácter, y del mismo modo que distinguimos los cuerpos por sus movimientos, distinguiremos también los hábitos. Sin embargo, no es muy difícil descubrir la parte ridícula de las cosas, y la mayoría de la gente se deleita más de lo debido en la diversión y la broma, por lo cual aun los bufones se consideran ingeniosos porque se les encuentra atractivos; mas es evidente, después de lo que hemos dicho, difieren del ingenioso, y en no poco.

Al estado intermedio corresponde el tacto; el signo del hombre discreto es decir y escuchar las cosas que sientan bien al bueno y al educado; porque hay cosas que sienta bien decir y escuchar a guisa de broma, y la manera de bromear del educado difiere de la del vulgar, y el chiste del educado del chiste del basto. Podemos cerciorarnos de esto estudiando las comedias antiguas y las nuevas; para los autores de aquéllas la indecencia en el lenguaje era cosa divertida, mientras que para los de las últimas la insinuación es suficiente; y éstos difieren bastante respecto de la propiedad.

Pero ¿definiremos al hombre que bromea bien afirmando es el que dice lo que sienta bien a una persona bien educada, o será el que no cause molestia, o el que consiga causar placer en quien le escuche? ¿Habrá que considerar ambigua nuestra última definición, puesto que cosas diferentes producen placer o molestia a diferentes personas? La índole de chistes a que preste oídos será la misma, porque la índole de los que escuche será la misma que los que haga. Hay chistes que no hará, porque la broma es especie de abuso, habiendo cosas cuyo abuso prohíben los legisladores; y tal vez debieren habernos prohibido hasta bromear sobre tales cosas. El refinado y el bien educado serán tales como los hemos descrito, siendo como si dijésemos su propia ley.

Así será el hombre que observe el justo medio, ya se le llame discreto o ingenioso. El bufón, de otra parte, es esclavo de su jocosidad, no perdonándose ni perdonando a los demás nada que pueda hacer soltar la carcajada, diciendo cosas que el hombre refinado no diría, algunas de las cuales no escucharía voluntariamente. El palurdo es inútil en tales relaciones sociales, porque en nada contribuye, encontrando faltas en todo. Pero el asueto y la conversación se consideran elemento necesario de la vida.

Por lo tanto, los intermedios que hemos citado son tres en número, y todos se refieren a intercambio de palabras y actos de alguna índole. No obstante, difieren en que uno se relaciona con la verdad, y los otros dos con el placer. En cuanto a los relativos al placer, uno de ellos se exterioriza en las bromas, el otro en las relaciones sociales generales de la vida.

CAPITULO IX

No hay que considerar el rubor como virtud, porque más bien es sensibilidad que hábito. Se define diciendo es una especie de temor al deshonor, produciendo efecto parecido al que experimentamos al temer al peligro; porque la persona que se siente ruborizada enrojece, mientras la que teme a la muerte palidece. Por lo tanto, ambas cosas parece sean disposiciones corporales, considerándose características de sensibilidad antes que de hábito.

Esta sensación no conviene a todas las edades, sino sólo a la juventud; porque creemos que los jóvenes están más dispuestos a la sensación de rubor, puesto que viven de sensaciones, y por lo tanto, cometen muchos errores, siendo reprimidos por el rubor; alabamos a la juventud que siente tal cosa, mientras nadie elogiaría al anciano que experimentase esta sensación, porque suponemos no debe hacer nada que haya de causarle afrenta. Porque la sensación de vergüenza no llega a ser característica del hombre de bien, puesto que es consecuencia de las malas acciones (porque tales actos no deben llevarse a cabo, y, si algunas acciones son vergonzosas en verdad, siéndolo otras sólo debido a opiniones vulgares, no es ésta cosa que establezca diferencia; porque ninguno de esos actos debiere efectuarse, de manera que no se sentiría rubor); y el signo que revela al mal hombre es ser de modo tal que pudiere efectuar cosas afrentosas. El ser de modo tal que nos sintamos apesarados al llevar a cabo tal acto, creyéndonos buenos por esta razón, es cosa absurda; porque el rubor se siente debido a los actos voluntarios, y el hombre de bien nunca los comete voluntariamente. Mas pudiere decirse que el rubor es

cosa buena condicionalmente; si el hombre bueno lleva a cabo tales actos, se sentirá ruborizado; mas las virtudes no están sujetas a tal restricción. Y si la desvergüenza (no afrentarse por acciones viles) es mala, no por eso será bueno el que se ruborice por efectuar tales actos. Tampoco la continencia es virtud, sino una especie de estado mixto; esto se demostrará más adelante. Ahora vamos a ocuparnos de la justicia.